

Ese judihuelo pobre, célibe, melancólico, irascible, chiquitillo hasta la humillación y cubierto de pústulas que lo empañan de sangraza y de pus, discutidor «como un griego», sospechoso de magia y que se expresa en un «ascalonés» incomprensible; ése, es Rabí Salomón ibn Yehudah ibn Gabirol, el de Málaga.

La comunidad de Zaragoza —donde vive, estudia, escandaliza y sufre— ha dictado excomunión contra él. Y Rabí Salomón abandonará Zaragoza; quizá España, si su amargura le lleva a separarse de la tumba de Yehudah ibn Gabirol, el de Córdoba, su padre, muerto cuando él era niño y por quien escribió una larga serie de apasionadas elegías.

Yehudá había llegado a Málaga desde Córdoba, sin duda a la caída y saqueo —en 1013— de aquella ciudad. Tal hizo igualmente Samuel Ha-Leví ibn Nagrela, que más tarde había de ser primer ministro en la taifa de Granada. Y tal debieron hacer también otros de su creencia a quienes el éxodo reunió en la ciudad del sur que ya ilustraba su correligionario y famoso lingüista Isaac ibn Barun.

Entre 1021/22 Salomón nació en Málaga. Moisés ibn Ezra lo testimonia expresamente, y el propio Ibn Gabirol tuvo una orgullosa conciencia de esa cuna, haciendo constar la condición de «malagueño» (**ha-malaqí**, en árabe) en el acróstico de, al menos, cinco de sus poemas religiosos. Entre los hebreos acababa de imponerse —frente a la tradicional impersonalidad de la poesía litúrgica— la manifestación del autor.

El niño debió adentrarse pronto en los estudios bíblicos y postbíblicos, y en la lengua y la literatura judía y árabe.

Tradujo al árabe, como ejercicio, algunos poemitas hebreos y hasta los ensayó directamente en la arabía. No tardando, llegó a usar los dos idiomas —sucesiva o alternadamente, y con igual soltura— en un mismo poema.

Incluso el árabe, como lengua de cultura entonces, sería el vehículo exclusivo para la expresión de su filosofía religiosa y de sus investigaciones metafísicas, y él mismo nos ha hablado del «peso» de veinte libros suyos, sin duda en esa lengua que, a través del siríaco, conservaba el patrimonio cultural de los griegos.

Sólo tres de esos veinte libros arábigos de Soleymán ibn Sebirul —tal se conocía en árabe su nombre— han llegado, sin embargo, hasta nosotros: una colección de máximas morales, la **Selección de perlas**; su **Corrección de los caracteres**, con base en la doctrina de los cuatro humores que ya expusieron Hipócrates y Galeno; y aunque no en su versión original, la **Fuente de la vida**, que se nos ha con-

IBN GABIROL,

servado en dos traducciones medievales: la latina, o **Fons vitae**, de Juan Hispalense y Domingo Gundisalvo, y la extractada al hebreo de Sem Tob ibn Falaquera.

Felizmente y para inmortalizarle también en hebreo, conservamos, sobre todo, un poema en el que Ibn Gabirol, que siente girar los astros en torno a él, se anonada hasta el polvo ante Dios, trascendiendo, deslumbrador y enfervorizado, la vieja cosmogonía ptolomaica y aristotélica: la **Corona real**.

Árabe y hebreo no le eran, sin embargo, dos lenguas de aprecio igual: el hebreo era la lengua de su corazón, y el árabe la de su reflexión. Pero Ibn Gabirol llegó incluso a la hazaña de versificar en arameo, como un alarde —realmente increíble— de preparación lingüística.

Mas, pese a que su obra édita e inédita ha sido bien estudiada, no se nos conserva referencia a que utilizase el romance, siquiera como jarcha —según comenzó a ser moda— de alguna moaxaja. Y eso que su propio nombre parece comportar un adjetivo árabe, **yabir** («fuerte») y, precisamente, una desinencia románica de diminutivo, —**ol** («Gabirol») o —**uel** (para la lectura diptongada, «Gabíruel»), a que quizá inviten las notas de su correligionario Ibn Erza y del cadí Ibn Said de Toledo, sus contemporáneos muy jóvenes o sucesores de su generación).

Árabe y romance en su nombre. Los judíos —había observado Ibn Gabirol— se vienen expresando «en la lengua de Edón y en la de Quedar»: en las lenguas, que les son igualmente ajenas, de los cristianos y de los árabes. E Ibn Gabirol reacciona, por inspiración celeste, componiendo un extenso poema didáctico, su **Collar de piedras preciosas**, para la enseñanza de la lengua hebrea.

Tenía entonces 19 años: ciertamente, una edad precoz para ese empeño. Pero Ibn Gabirol era ya un escritor correcto a los 10, y a los 16 recibía el



ESE JUDIO

encargo oficial de redactar las elegías que se habían de leer en Occidente y en Oriente —en España y en Babilonia— a la muerte de las más señeras figuras del judaísmo.

Por ello reitera su corta edad mientras habla de la juventud como de algo ido para él, haciendo ostentación, a un mismo tiempo, de madurez y de adolescencia; sorprendiendo por su profundidad y perfección a la vez que indicaba, de manera alusiva o expresa, los 16, 17, 18, ó 19 años del curso de su vida.

No obstante, a los versos de manifiesta referencia a sus 16 y 17 años, por ejemplo, hay que añadir muchos más. Entre ellos, las cuatro elegías por el gaón Hayya, de Pumbeditha, el más célebre doctor de la Ley judía en su tiempo. Y las **Exhortaciones**, un extenso poema religioso, que resume la preceptiva mosaica. Y los versos compuestos en honor de Yecutiel. Y buena parte de los que dedicó a Samuel ibn Nagrela...

Ibn Gabirol crecería en repulsividad, pero no en talla. Progresivamente aquejado de una forunculosis crónica, de una tuberculosis cutánea o de no sabemos que grave y no pasajera afección, se cubría de unas llagas que lo mancillaban de sangraza y de pus. En sus noches de insomnio —se le ha atribuido incluso un **Tratado de los medicamentos**— consideraba la prostración que le impedía asistir a la sinagoga, lo que debía acongojarle más que las continuas burlas por su estatura ridícula. Aquello era la vecindad de la muerte, con crisis de depresión que no le impedían el humor y la ternura. Su corazón, no obstante, despreciará siempre al barro de su cuerpo.

Pero si al ardiente y repulsivo Ibn Gabirol se encargaban los versos que habían de recitarse en las lejanas Pumbeditha y Sura, donde enseñaban los grandes doctores de la Ley, es porque tenía una pluma que ofrecer —refrenando su orgullo— a quienes le diesen el pan a cambio de su tinta.

Era porque él, sobrio, podía cantar el vino. Y, casto, exaltar el amor de los efebos. Y, herido de amargura, rimar acertijos y humoradas. Postergado, humillar a próceres y rivales. Acogido, inmortalizar a sus mecenas.

Sus innovaciones lingüísticas y su atrevimiento métrico descollaron sobre el tono clasicista de su época, e Ibn Gabirol, adolescente y huérfano improvisador y reflexivo, ofreció su pluma y cantó a Yecutiel ibn Isaac, de la familia de Ibn Cabrón, y aue prosperó en no sabemos que taifa —suele decirse que en Zaragoza— hasta su caída y muerte en la primavera de 1039. Dos años duró el patrocinio de ese magnate de quien cuanto se sabe es sólo lo que Ibn Gabirol nos dijo.

Y cantó a ese Ibn Nagrela fugitivo de Córdoba en Málaga y que había de coronar su triunfo en la Granada zirí como primer ministro, como caudillo del ejército y, más aún, si cabe, como impecable autor del millar de los poemas que aún, podemos leerle. Ibn Gabirol se le entregó con un elogio al poema que el propio Samuel había compuesto por su victoria contra los almerienses.

Alguien debió encizañar aquella amistad mútua entre los dos judíos, e Ibn Gabirol arremetió contra Ibn Nagrela: en versos que ponderaban el frescor de un agua, dijo que era más helada que la nieve de un monte o que los versos de Samuel. E Ibn Gabirol se hubo de disculpar, y no por vez única en su vida, en un poema humillante.

«En verdad —comentó Ibn Ezra— mejor hubiese hecho resignándose en Dios.»

En Dios se resignaba Ibn Gabirol apasionadamente y lo buscaba en la cábala y en sus meditaciones filosóficas, sintiéndose desgarradoramente abandonado, como en la tumba, por sus correligionarios de Zaragoza, que eran, para él, hipócritas y maliciosos; que le contradecían «como a un griego» y entre quienes no encontraba a quien abrir su corazón.

Su posición, profundamente apoyada en Plotino aunque dejaba a salvo la voluntad divina, pugnó con las teorías tradicionales de sus correligionarios aragoneses, que concluyeron por el deseo de liberarse de quien, expresándose en un habla «ascalonesa» incomprensible, extraviaba al pueblo con mágicas investigaciones.

Realmente, él mismo había figurado esta apetencia suya de saber de Dios bajo la personificación de una mujer bellísima que, como su desposada, le acogía y se le entregaba en su palacio. Así es que los aragoneses, desconfiadores de tan secreto trato y desposorio, decidieron para él —con posterioridad al 1045— la más penosa de las sentencias contra un fervoroso judío: la excomunión.



Ibn Gabirol debió disponer su marcha, propósito que nos revelan sus poemas **A la partida de Zaragoza** y **A la partida de Andalucía** (cuando Andalucía era, huelga decirlo todo el dominio musulmán español). Pero no hay testimonio de que el poeta alcanzase, como deseaba, Egipto, Babilonia o Palestina. Ni siquiera de que llegase a abandonar, efectivamente, Zaragoza, lo que podía ser su intención, cuando —quizá entre 1052 y 1055— le sobrevino la muerte.

Alguien ha dicho que en Lucena; alguien, que en Ocaña; alguien, que en Valencia, junto al Turia. La leyenda se apoderó de esta inseguridad y, de quien había dado al árabe la **Fuente de la vida**, se contaba que un árabe le había arrebatado la propia fuente de la suya, y que enterrado bajo una higuera (por antonomasia, el árbol malagueño), la dulzura de sus frutos acabó delatando el asesinato.

Las comunidades sefarditas de Turquía, y la trastera de un templo del viejo Cairo, han conservado muchos de los quinientos poemas que así se conocen de él. La Sinagoga observó respetuosamente el recuerdo de sus poemas incorporados a la liturgia judía. Incluso quizá lo recuerde la liturgia cristiana con el himno **Dies irae**, dos siglos posterior a Ibn Gabirol, y que reproduce las ideas, la estructura de rimas y el ritmo, de un poema suyo.

Sin embargo, con el rodar del tiempo, Yohanán Allamano, el maestro hebreo de Pico della Mirándola, podía llegar a confundir, sin que nadie lo desengañase, las obras de Salomón **ha-malaqí**, «el malagueño», con las del autor de los **Proverbios: Salomón ha-málek**, «el rey».

En cuanto al mundo de la escolástica latina, principal beneficiado de su obra filosófica en árabe, pronto deterioró el nombre Ibn Sebirul o Aben Sebirol, a través de copias manuscritas, en un Aben Cebrol o «Avicebrón» irreconocible. Guillermo de Auvernia, el sabio obispo de París, creía adivinar un autor árabe a través de los **Fons**. Sólo León Hebreo, en sus **Dialoghi d'Amore**, recordó aún al filósofo como uno de los suyos: «il nostro Albenzubrón». Fue el benemérito Rodríguez de Castro quien en su **Biblioteca Española** (1781) restituyó a Ibn Gabirol la **Fuente de la vida**, lo que equivalía a reconocerle a «Avicebrón» la **Corona real**. Pero hizo falta, como confirmación definitiva, que Salomón Munk, en la Biblioteca Real de París confrontase, en 1487, las dos traducciones medievales de la **Fuente**: la latina de Gundisalvo y el Hispalense, y la hebrea de Sem Tob. Y así volvió a refundirse en uno la figura de ese Jano bifronte que había presidido, separadamente, la Sinagoga y la Universidad.

Rafael LEÓN

